

Montevideo, 6 de agosto de 2016

Estimado Profesor Edy Kaufman:

Fue para mí un gran honor asistir al encuentro en el que Crysol, la institución que representa a los ex presos políticos y perseguidos por la dictadura, le rindió tributo a su trayectoria en defensa de los derechos humanos.

Cuando me enteré de su visita y luego leí algunas crónicas en los medios y en las redes, me convencí que debía ir a alguna de las actividades previstas en la intensa agenda que desarrolló en su visita a Montevideo. No me equivoqué. Fueron impactantes los testimonios de Cecilia Michelini, de Juan Raúl Ferreira y, en especial, su emocionante relato realizado desde una serena y asombrosa humildad.

Pero, usted además representa para mí, la primera cara visible e identificable de la extraordinaria solidaridad de Amnistía Internacional que tuve la dicha de recibir junto a mi familia.

Desde luego que con el paso de las horas previas al encuentro fueron reviviendo en mi memoria imágenes y momentos de aquella solidaridad. Entonces, esa tarde-noche dejé atrás las dudas y los reparos propios de los años y del crudo invierno, y marché con expectativa hacia el salón de actos del IAVA, institución educativa secundaria del Estado de enorme prestigio en Uruguay, en donde de joven cursé Secundaria y en la que di mis primeros pasos en la vida política y social en la solidaridad con Vietnam a fines de los sesenta.

El encuentro, sencillo, republicano, agrisulce, porque fue un acto de reafirmación de la solidaridad pero también de recuerdo de víctimas queridas, me acompañará por el resto de mi vida.

Pero entremos en mi historia que es lo que me pidió que le relatara, la historia de uno de los miles que Amnistía adoptó en aquellos años de plomo en el sur de América.

Fui detenido, acusado de militar en el Partido Comunista, el 16 de mayo de 1975 por personal del Departamento de Inteligencia policial, torturado como a todos, sin distinción de sexo, ideología, edad y condición de salud, y al quinto día protagonicé un intento de fuga.

En un agudo estado de crisis nervioso, aproveché una distracción de la guardia y llegué a la azotea de la casa, logré saltar hacia un árbol de la calle Maldonado y hasta ahí llegué. En determinado momento sentí gritos, se prendieron fuertes focos de luz orientados hacia los árboles y a la calle, me detectaron y con rapidez una docena de policías de civil me rodeó, apuntándome armas en mano. Fui baleado en el torax, perdí fuerzas y caí de una altura de cuatro metros. Trece días en el Hospital Militar, la bala no pudo ser extraída, quedó alojada para siempre entre el hígado y el pulmón, como un recuerdo testimonial de la cruel experiencia vivida y de mis ansias de libertad destruidas con violencia.

Estuve tres años en el Penal de Punta Carretas -hoy transformado en un shopping- y luego debí presentarme durante seis años, todos los viernes, en la misma sede donde había sido torturado, hasta la recuperación de la democracia.

Como permanecí viviendo con mi familia en Montevideo hasta el fin de la dictadura, no conservé documentos que pudieran incriminarme en una eventual segunda detención, excepto un catálogo que lo atesoro como "la joya de la abuela".

Sé que desde un grupo de Amsterdam de Amnistía se me apoyó de diversas maneras, desde contribuciones económicas hasta el envío con cierta regularidad de postales y el citado catálogo con imágenes de la ciudad impresas por Fouquet que aún conservo, firmado "Para tu cumpleaños, un abrazo fuerte de tus amigos". Imagine las sensaciones en aquellos duros tiempos cuando uno sabía de la existencia de personas y

organizaciones en el mundo preocupadas por nuestra suerte personal y la de nuestra familia.

Aquellos mensajes constituían actos de amor y solidaridad que potenciaban nuestra confianza en sortear aquel riesgoso presente y avizorar un futuro de paz y libertad que afortunadamente llegó en 1985 con la asunción de un gobierno democrático, la amnistía y el pleno goce de las libertades públicas.

No tuve la oportunidad de conocer aquellas personas solidarias que desde la lejana Amsterdam los sentía como vecinos y amigos de toda la vida. Con el paso del tiempo el contacto se interrumpió, no así el sentimiento de gratitud que la vida ahora me permite expresarlo en su persona, como representante de Amnistía Internacional en los años setenta.

Si bien yo crecí en una sociedad caracterizada por una gran inclusión social y fuertes hábitos solidarios, el ejemplo de mis amigos de Holanda fue una inyección que me marcó por el resto de mis días. Cuando en la actual época de desenfrenado consumismo recibo algún elogio por detenerme a pensar en la suerte de alguien que lo necesita, siempre contesto que lo hago con naturalidad en tanto me formé en un Uruguay solidario y tuve la dicha de conocer en carne propia lo que es la solidaridad hacia quien sufre en los más recónditos rincones del orbe. Por eso, gracias Edy, gracias Amnistía.

Mi respetuoso y afectivo saludo

Pedro Cribari